# IDENTIDAD y diálogo en América Latina

Graciela Maturo

El debatido tema de la identidad hispanoamericana, y con más amplitud latinoamericana, resurge periódicamente como inequívoco signo de una cultura que se cuestiona y así mismo se autorreconoce en acto de libertad y madurez. En sus puntos extremos, el planteo se abre hacia la concepción de un perfil cultural rígido, o hacia la aceptación de una entidad cultural dinámica, tensionada en pos de una infinita alterización de sí misma. Sin adherir a ninguno de tales extremos, nos inclinamos a afirmar que una cultura vive en la historia, y encarna irrenunciablemente en un pueblo, en un espacio propio, haciéndose reconocible en el concierto humano por ir marcando cierto perfil ético, estético, vital, social, religioso y aun epistemológico y filosófico. La identidad tiene que ver con la imagen que cada pueblo tiene de sí mismo; los arquetipos con los que se siente representado; el estilo que reconoce como propio frente a otros. Sin cerrarse a una noción estereotipada, una cultura tiene ciertos límites relativos a una etapa de la historia.

Cabe pues recordar aquellas nociones suficientemente asentadas por Spengler y Toynbee con relación al crecimiento y realización de las culturas; también sobre su decadencia y su muerte. Como hecho nuevo en el tiempo hemos nacido del encuentro cultural resultante de un acto de violencia, que como todo acto histórico rebasa sus motivaciones directas y sus objetivos específicos, abriendo la etapa compleja de la conquista española, la colonización y el mestizaje. Ese encuentro de doble aspecto bélico y genesíaco pone en marcha el despliegue de una nueva cultura, marcada por valores y constantes que han venido amalgamando a los pueblos de esta región del mundo, en abierta incorporación de otros aportes raciales y culturales de procedencia africana, latina, judía, árabe y asiática en la conformación de una gran sociedad multirracial cuya base sigue siendo la mestiza hispanoindígena. Somos, en suma, una sociedad mestiza, más allá de cuál sea el color de nuestra piel o la oriundez de nuestros ancestros, pues nos hemos integrado al espacio y el tiempo cultural de América.

Sin ignorar el hecho del descubrimiento de lo oculto y velado a la historia por los españoles, los americanos tienden hoy a considerar –como lo hace Leopoldo Zea en un libro reciente– que venimos de un autodescubrimiento incentivado por una cultura escatológica y dinámica como la española. Será necesario recordar, al respecto, la singularidad de la propia España en el conjunto occidental, su especial situación frente a la irrupción de la modernidad y su destino misional rescatado por el poeta Juan Larrea en su célebre obra *Rendición de Espíritu*. Mientras Europa ingresaba en el proceso técnico-científico moderno, la hispanidad se volcaba a una expansión que sólo en parte, y por poco tiempo, habría de acrecentar las arcas de su reino. Se gestaría en cambio una lenta ocupación de espacios inmensos todavía no totalmente domesticados, y la interrelación de pueblos diversos, que, paradójicamente, vinieron a ser homogenizados a través de la colonización. Surgía una nueva cristiandad, a menudo inspirada en el ejemplo del comunitarismo indígena, donde el personalismo hispánico, nutrido en ideales de justicia, hallaba formas solidarias dignas de imitarse. Nacía un nuevo idioma, el español de América, estructurado sobre la base hispánica y latina pero con nuevos acentos, nuevas voces, y una innegable inclinación al barroquismo portador de la afectividad y la imaginación activa del mestizo. El arte, las fiestas populares, las representaciones, irían desplazando las formas de imitación para dar cauce a las expresiones de la gente nueva de América. Surgiría con fuerza una literatura original, que si guarda una fuerte herencia de lo hispánico, lo es con relación a aquel hispanismo fundador de las crónicas y las novelas, y que remodeló ese caudal en permanente reinterpretación de sus tradiciones propias, de sus culturas raigales y relegadas, de su rico y plural imaginario. Surgía así mismo el proyecto histórico americano, su utopía ya no utópica sino encarnada en su propio espacio; su historia de liberación todavía inconclusa. Su concepción utópica.

## Invención de América

Las interpretaciones del hecho americano han fluctuado entre la hipótesis de la "Invención de América", así formulada por O'Gorman, al considerar que era éste un espacio a ser ocupado y modelado por Europa, y la visión indigenista, que al arraigar en la etapa autóctona alienta un resentimiento hacia la conquista, considerada como violación. Si la primera de estas visiones pudo prender en las mentes progresistas de americanos del pasado siglo, la segunda hizo su aparición con fuerza en

este siglo, y especialmente en las naciones de mayor población indígena como México o el Perú.

La visión de la síntesis, más frecuentada hoy, admite el hecho nuevo del mestizaje. Este mestizaje no se ha cumplido totalmente en lo racial, pero se va cumpliendo en la cultura. Si recordamos la composición étnica del continente, vemos que hay grandes núcleos de población indígena en México, Perú, Ecuador, Nicaragua, Bolivia; hay acentuado mestizaje en Paraguay, el norte Argentino, sur de Brasil, Colombia y Venezuela; la población negra prevalece en Brasil y en el Caribe, en tanto que la Argentina rioplatense, Uruguay y Chile tienen predominio blanco.

Tampoco debemos olvidar que la América criolla asume a partir de la emancipación un nuevo ciclo cultural que engendra minorías más ligadas al ejemplo progresista de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos que a las mayorías analfabetas del tronco hispanoindígena. Esta fractura cultural recorre la historia moderna de las naciones americanas, generando nuevos conflictos, diálogos, confrontaciones. Sería un error ignorar que esas minorías han desplegado una cultura propia, y que también ésta es americana; pero no prospera a la larga una cultura intelectual divorciada de su propia tierra y tradición. El ritmo propio de la cultura incita al hombre de las ciudades, nutrido de cultura libresca, a redescubrir su total espectro cultural a través de una relación vivificante con la tierra y con el pueblo. Tal el periplo del escritor, tan importante para nuestra lectura cultural.

No se concluya que sustentamos una visión puramente folklórica de la cultura hispanoamericana. Nuestra identidad prospera y se acrecienta en distintos planos, y es legítimo verificarla tanto en las fiestas y ritos populares cuanto en las más refinadas manifestaciones del arte y del pensamiento, así como en la ética, el accionar colectivo, los estratos amplios de la vida. No es necesario elegir, para definir esta identidad, entre Juan Draghi Lucero y Gyula Kosice, como no tendríamos que definirnos tampoco por Manuel Castilla o Jorge Luis Borges. En unos y otros se despliega un modo de ser común que es el que nos determina y hace reconocibles como miembros de una cultura.

## Ser americanos: ser universales

Nuestro de modo de ser universales es el americano. Es esta una noción a la que no todos acceden, desde luego, a menudo imbuidos del dominante etnocentrismo europeo, hoy cuestionado por los pensadores posmodernos. Y acaso puede irse aún más lejos afirmando que por americanos somos mucho más universales que Europa.

No será baldío detenernos en una evaluación más profunda de esa noción de mestizaje teóricamente resistida por algunos estudiosos de pasadas décadas, o negada emocionalmente por otros, que han visto cargada tal expresión por un complejo de minusvalía. El cruzamiento de culturas, hecho no frecuente ni habitual en la historia de los pueblos, se ha dado con intensidad en tiempos antiguos en la cuenca mediterránea, antes de concentrarse en la península Ibérica, convertida en los siglos medievales en un formidable crisol de mestización, que culmina y se cierra a la vez en tiempos de los Reyes Católicos. Esa mestización continúa en este lado del Atlántico a partir del hecho cruento de la Conquista.

Cabe reflexionar sobre el fuerte contraste de las culturas enfrentadas, sobre sus códigos, lógicas y legalidades distintas. El mundo indígena, con esa tenacidad y fuerza expansiva que suelen tener los pueblos vencidos en la batalla histórica pero victoriosos al fin en lo cultural, ha irradiado y sigue irradiando aún su riqueza tonal, vocal, musical, imaginaria, rítmica, culinaria, ética y religiosa sobre la totalidad de la cultura hispanoamericana. En esa fuente bebieron su primera formación los cronistas, los soldados, los sacerdotes, que venían a conquistar y a ser conquistados. Los indígenas no tenían alfabeto; no había por lo tanto una literatura escrita con anterioridad a la venida del español, quien trae su cultura construida sobre la ley escrita y los códigos. Es éste un contraste cultural sobre el cual nos detenemos muy pocas veces. El español halló en ese nuevo universo una innegable reafirmación mítica y religiosa; una encarnación histórica de la leyenda; un mundo de gestos y costumbres insospechados; nuevas melodías, nuevos cantos; otra manera de intuir el tiempo; otra actitud ante la naturaleza; un espacio desmesurado y virgen que reavivaba su sentido del misterio. Una comunidad inocente y primitiva venía a recordarle una misión a cumplir, un sentido de la justicia incumplida en el mundo. El español enseñó su lengua a los naturales, les enseñó a usar su grafía propia; pero también aprendía de ellos símbolos, mitos sorprendentes, casos, adivinanzas, alabanzas y canciones que luego fueron puestas en la escritura constituyendo un primer estrato del imaginario simbólico americano. Recordemos la encomiable labor de Bernardo de Sahagún, quien como otros sacerdotes tuvo la misión de aprender las lenguas indígenas y de enseñar a escribir a futuros escritores. Extraordinario proceso que se cumplía a despecho de los funcionarios, los mercaderes, los encomenderos.

América, la que realmente vivimos, no la ficticia o idealizada, es pues la hija del entendimiento progresivo y amoroso de pueblos disímiles. Y la literatura, como proceso dialógico, había de dar cuenta plenamente de ese diálogo de culturas, de ese contraste y entrelazamiento de dos visiones del mundo, igualmente asentadas en lo mítico religioso pero con distinto ritmo y proyección historificante.

América, la que realmente vivimos, no la ficticia o idealizada, es pues la hija del entendimiento progresivo y amoroso de pueblos disímiles.

Escritores mestizos como el Inca Garcilaso o Ruy Díaz de Guzmán, asentarían modos de vida y de pensamiento, leyendas, anécdotas donde se cruzan lo cotidiano y lo sobrenatural. Nacía nuestro famoso realismo mágico, continuador del realismo religioso hispánico y recreado con nuevos elementos. Los americanos sintieron desde siempre que eran un *mundo otro*, y usaron la palabra para dar cuenta de él. Quedaba estrecho el lenguaje de las cortes; resultaba artificiosa la epopeya; moría la novela cortesana o la ficción caballeresca mítica. América era la tierra de la historificación del mito. No es extraño que hoy se redescubra el sentido novelesco de las historias y las crónicas. América misma era una novela.

Las expresiones del arte, en tanto son emergentes de la cultura misma y no meras construcciones intelectuales, constituyen una de las áreas más fecundas para localizar y reconocer la identidad cultural hispanoamericana. Así lo viven hoy una legión de estudiosos que con gesto hermenéutico, recorren el rico tesoro de las crónicas, cartas, historias y documentos de los siglos iniciales de nuestro devenir histórico, advirtiendo su fuerza mitopoética, su novedad interpretativa y su poder de comunicación estética. Así Bernal Díaz, describiendo un mundo en acción y manifestando un permanente asombro; Rodríguez Freile, consignando mitos indígenas y españoles reactivados por los "tiempos fuertes" de una época concreta; o Guamán Poma, dejándonos en sus dibujos y comentarios una visión mágica, no exenta de ironía, de la empresa española, vista como advenimiento sobrenatural, casi demoníaco, por los indígenas.

A partir de ese tiempo fundacional, se inicia también el proceso expresivo, que acompaña las instancias de mestización, europeización y retorno a las propias tradiciones, recorrido por la minorías cultivadas, a menudo formadas en Europa, de las cuales surgía la expresión escrita. Especialmente en el siglo XIX oscilan las imágenes literarias entre lo producido por una Europa pasajeramente rectora y lo generado desde el pueblo, desde la simbólica comúnmente asumida. Los propios europeos nos devolvían una imagen romántica de América que era la contraparte de su historia, generada por una mala conciencia innegable. Hoy se llega a pensar que las utopías de Moro, Bacon y Campanella, así como la reflexión de Rousseau y los primeros brotes del pensamiento romántico europeo acusan la marca de América, postulándose el descubrimiento de estas tierras como el hecho más conmocionante de la historia occidental.

## Europa: el otro

En ese ir y venir de Europa a América y de América a Europa se entreteje sin duda alguna la literatura de nuestro continente, no por ello menos original, menos ligada a una cultura propia. Europa ha sido nuestro interlocutor natural, el otro con el que dialogamos, al que increpamos, culpamos, agradecemos o execramos. A Europa dábamos cuenta de nuestra realidad distinta, exagerándola; a Europa, acercábamos imágenes de una sociedad bárbara, primitiva, anacrónica, pero a la vez orgullosa de sus valores propios; a Europa han ido nuestros señoritos, nuestros filósofos y nuestros exiliados políticos. Pero también ha sido al volver de Europa, no sólo física sino mentalmente, cuando nuestros escritores más maduros han declarado su final y definitivo arraigo en esta realidad de cultura, en este marco ecológico y axiológico, en esta historia. Recordemos lo dicho por Carpentier, Asturias, Marechal.

Americanos, que fijaron su residencia en Europa, como Cortázar, han vivido mirando hacia su tierra, añorando sus ritmos, su habla, sus acentos. Una de las grandes preocupaciones de Cortázar era el temor de perder el oído para el habla de que hizo gala. En fin, la confrontación Europa/América recorre nuestra cultura y nuestra historia, y no podía faltar en nuestras letras, desplegándose de distinto modo.

A las contrastaciones iniciales del indio y el español, del mestizo y el indio, América Latina viene a sumar otras contrastaciones y tensiones culturales que sin embargo no comportan un debilitamiento de su perfil. La literatura, como instrumento expresivo e interpretativo de primer orden

da cuenta de estos contrastes, los lee y los traduce acercándolos. Es por ello que afirmamos al escritor como un poderoso instrumento de integración cultural, y a la exégesis literaria como continuidad con ese proceso cultural viviente.

Tal conciencia americanista es un eje visible de la literatura de este siglo. Ya se hizo presente, esporádicamente, o en forma implícita, en siglos anteriores, como lo hemos venido diciendo; pero es en este siglo cuando aflora la conciencia cultural del americano que afirma su propia identidad y aún la asume en forma desafiante frente a otros modelos culturales.

Esta conciencia cultural asume toda la historia anterior, adquiriendo un carácter totalizador y reinterpretativo que revela su madurez. Podemos recoger sus manifestaciones en amplio registro literario, artístico, filosófico, antropológico. Bastaría mencionar nombres tan ilustres como los de Mariátegui, Henríquez Ureña, Gilberto Freyre, Fernando Ortiz, Octavio Paz, Rodolfo Kusch, Zea, Morales Benítez, Félix Schwantzmann, para captar la fuerza expansiva de esta corriente a la que consideramos central en el pensamiento americano. Ellos nos han enseñado a reconocernos, a pensarnos como cultura diferente y valiosa, a descubrirnos nuevamente en nosotros mismos más allá de la alienación a ideologías o sistemas impuestos.

## Carácter humanista de las letras latinoamericanas

La literatura de la Colonia es, inequívocamente, una expresión del humanismo. Desde luego, pueden rastrearse en ella, las influencias de Erasmo y de Cervantes, pero sería igualmente válido buscar en éstos el peso del descubrimiento de América. En la literatura escrita por los conquistadores o por sus hijos criollos en estas tierras asoma y se perfecciona el ideal humanista; el diálogo de culturas, la valoración de lo popular, la creación de nuevos puntos de vista para enfocar la realidad, la relación entre vida contemplativa, reflexiva y activa, la dignificación de los oficios, el valor otorgado al trabajo de la tierra, la religiosidad abierta y reacia al dogmatismo, la reivindicación de la mujer, la liberación del esclavo, la crítica de las costumbres, la implantación y flexibilización de una ética. Se marca también el interés humanista por el reconocimiento de otras lenguas, la iniciación de los estudios filológicos americanos, la creación de una hermenéutica cultural. Bastaría ahora recordar las obras de Bernal Díaz del Castillo, el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Josefa del Castillo, Martín del Barco Centenera, Rodríguez Freyle, para ver encarnarse estos ideales y generarse una identidad que ha sido apreciada por muchos críticos.

No sería éste el momento de diseñar el amplio decurso del humanismo en la historia americana. Debe reconocerse que no es en modo alguno la única filosofía que se expande en América, pero sí la más arraigada y vinculante; también la que se expresa literariamente en forma más rotunda. Es más, por tratarse de una filosofía que hoy llamaríamos existencial, halla su modo específico en la literatura.

El humanismo tiene sus poetas y novelistas; también sus ensayistas y sus predicadores. Se manifiesta en autores de los siglos XVI, XVII y XVIII, pero resurge, igualmente, en el siglo XIX, conformando el pensamiento y la expresión de Andrés Bello, José Hernández, Francisco Gavidia, José Martí, continuados por Rubén Darío,

Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Arturo Marasso, Gabriela Mistral. De explícita formación en el humanismo clásico es Julio Cortázar, en el humanismo cristiano se forman Leopoldo Marechal y José Lezama Lima. Pero igualmente nos es posible hallar un perfil humanista, sin duda formado en la cultura propia, en una gran variedad de autores cuyo espectro intelectual es amplio.

En la literatura de este siglo aflora así mismo con fuerza inusitada el sentimiento de la pertenencia al suelo, la elaboración mítica de la historia, la simbolización de los conflictos sociales y culturales. Género predilecto de tal manifestación es la novela, cuya raíz se remonta no al siglo anterior como creíamos sino a los siglos coloniales, donde surge con intensidad el germen de una novelística nueva. Pero nos referimos a este siglo por ser una etapa de culminación y plena conciencia filosófica de lo vivido, intuido y expresado. Ya se marcaba en obras del siglo XIX y de manera no simplista ni unívoca el conflicto que fue llamado civilización y barbarie y que sería más justo designar como modernidad y cultura tradicional.

El caso ejemplar de Facundo muestra cómo el escritor, aún convencido de un dogmatismo ideológico, abre su comprensión por vía estética a un registro mucho más amplio y matizado, llegando a fundar literariamente el arquetipo del caudillo vagamente diseñado por Mármol desde la execración a Rosas. Por otra parte, Mansilla, en nuestra misma tradición, resolvía el conflicto más hondamente de lo que se supone a partir de su aventura con los indios ranqueles, que se convierte en aventura filosófica y alegato político.

Es interesante perseguir ese conflicto en la novela del ochenta, correspondiente a un período singularmente signado por el progresismo europeísta.

Allí, así mismo, la literatura se presenta como el lado oculto de la realidad, la manifestación de *ethos*, la autoculpa, generadora de obras como *Sin rumbo* o *La bolsa*.

El "modernismo" por su parte se revela curiosamente como un movimiento antimodernista. Reinterpretando y prolongando cierto decadentismo europeo que hoy llegaríamos a ver como posmoderno, Darío completa el diseño de un movimiento de recuperación de lo americano volviéndose a su paisaje, tradiciones, mitos y lengua propia, lo cual incluye un reencuentro con la olvidada España. La vuelta a España o la recuperación del mundo indígena no son en el nicaragüense dos movimientos separados o confrontables sino un único movimiento de recuperación del origen y de afirmación de su pluralidad e imbricación.

Darío es el profeta de una América universalista asentada en lo propio. No nos extrañe que una de las obras más características de las últimas décadas, una obra representativa en alto grado de la utopía americanista, como lo es *El otoño del patriarca*, sea a la vez una exaltación de la obra poética de Darío. Al recobrar las imágenes, las palabras, y versos enteros del poeta, se está recuperando todo aquello que Darío afirmó, exaltó y recuperó.

Se trata pues del tema de la identidad cultural americana, de la identidad mestiza de América, nutrida en culturas otrora despreciadas que hoy se revelan a nuestros ojos con señorío y esplendor, y en la cultura hispánica del Renacimiento, sea cultura a su vez mestiza, marginal a la Europa moderna que iniciaba otra historia, otro camino.

La contradicción América/Europa, se hace a la vez contradicción entre la cultura americana del

Norte y la del Sur. Tanto Darío como García Márquez han contrapuesto una cultura pragmática eficientista, centrada en la técnica y en la producción de objetos, con una cultura espiritual, solidaria, lenta en su accionar modificador de la naturaleza, más preocupada por la vida interior que por el acrecentamiento del patrimonio. Pero ni uno ni otro incurren en idealización. Si Darío fue propenso a ella, también cantó en los últimos tiempos la cotidianidad, el dolor, la miseria del hombre, así como García Márquez nos presenta una América cruzada por tensiones opuestas.

El tema de la identidad cultural americana recorre la novela de nuestro tiempo constituyéndose en su razón de ser más profunda. Carpentier lo ha planteado espléndidamente en obras poéticas de enorme riqueza filosófica como lo son *El reino de este mundo, Los pasos perdidos, El siglo de las luces, El recurso del método.*

América viena a ser, en esta última obra, el verdadero ''recurso'' de la historia, tomando a esta expresión en el sentido de Vico. No se ha revelado aún suficientemente la riqueza de esta propuesta cultural, concurrente con la reflexión de Rodolfo Kusch en el sentido de un giro de la perspectiva para la fundación de una nueva historia.

Desde luego, tales proposiciones tienen su cuota voluntarista, y por ende su propia cuota de realización. También Octavio Paz, en los momentos más brillantes de su pensamiento, generó aquella idea de la vuelta americana, que sólo puede ser practicada por una recuperación de la propia identidad.

Tal situación de la conciencia cultural americana nos parece ya irreversible, aunque sus cauces de realización en lo político sean difíciles. Los escritores registran con distintos matices los momentos de lucha, de eclipsamiento, de retorno de ese americanismo que ha superado las instancias dubitativas y se ha expresado tan rotundamente en magníficas creaciones. Ello es signo de la madurez de nuestra cultura, de la generación de una estética propia, y de un pensamiento filosófico que viene dando cuenta de nuestra originalidad, de nuestro derecho a ser distintos.

> Surgía así mismo el proyecto histórico americano, su utopía ya no utópica sino encarnada en su propio espacio; su historia de liberación todavía inconclusa. Su concepción utópica.

No faltan así mismo testimonios de la fractura, el disconformismo, la disidencia, que alteran la uniformidad del panorama literario. Representan la otra cara del ser americano, su cuota crítica, su fase más europeizada, que incorpora continuamente los instrumentos del pensar europeo, pero los deglute y reelabora de manera distinta. Gracias a esa dinámica la cultura avanza sin destruirse a sí misma, se abre a modos distintos, para evaluarlos, asumirlos o rechazarlos desde su *ethos* propio. Reconocer ese *ethos* originario es así mismo aceptar la vigencia de un imaginario mítico que se dinamiza y acrecienta en nuevas formulaciones, permitiendo que la comunidad se reconozca en ellas. La

imagen es la causa secreta de la historia, dijo Lezama Lima. Y en efecto la creación artística, la más popular y difundida o aquélla más intelectual y exquisita divulgada así mismo por las mediaciones de la cultura moderna, no es sólo espejo de la cultura; la incita a ser ella misma, desplegándola en la historia. La ficción literaria justifica pues esa relación profunda del mito y la realidad que es típica de una cultura viviente.

## Humanismo y posmodernismo en la novela de los ochenta

El humanismo ha tenido también sus momentos de eclipse o debilitamiento, sus derivaciones librescas, su agotamiento en formas puramente eruditas que terminan por vacíar sus verdaderos contenidos.

Sin embargo, a partir de los años sesenta, tiempo en que pareció desplazado de la vida académica, tuvo un curioso resurgimiento literario, al emerger a la escena pública ciertos escritores de provincia que elaboraban el humanismo aprendido en la infancia, compartido en los pequeños pueblos latinoamericanos del interior. Estos escritores no hacen sino continuar en forma más agudamente consciente la vía novelística abierta desde comienzos de siglo por Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Pablo De la Cuadra, Ricardo Güiraldes, Icaza, Manuel Rojas, etc. También en la vanguardia americana había signos humanistas que se evidencian en las obras de Pablo Palacio o Macedonio Fernández.

La novedad de los años sesenta consiste, pues, más que en la instauración de un discurso totalmente nuevo, en la toma de conciencia aguda y autorreflexiva del escritor, que reafirma de modo desafiante su propia identidad. Se dan por esos años creaciones tan renovadoras como *Cien años de soledad,* de Gabriel García Márquez, y *El banquete de Severo Arcángel* de Leopoldo Marechal que abren camino al ciclo literario-político de la llamada "nueva novela americana".

Hacia el final de la década del setenta ese ciclo parecía agotado. Muchos críticos dieron por terminada una oleada novelística en la que se mezclaron la historia, el mito y la intención política. La década del ochenta inauguraba para algunos la irrupción novelística de la atmósfera corrosiva, asimilada de ciertos ámbitos nordatlánticos; ámbitos quizás más propicios a la crítica que a la creación. Se ha exaltado a esa literatura como posmodernista, contraria al utopismo histórico y al humanismo.

Sus rasgos serían principalmente: fractura de la tendencia legitimadora de nacionalidades, fragmentación de los signos identitarios, de construcción de valores y procesos, con una ineludible tendencia a la disolución formal, la atomización de modelos y géneros, la parodia, la inversión, la demitificación de personajes históricos, el abandono de las utopías. La literatura latinoamericana, de acuerdo con esta descripción, habría desertado su rumbo tradicional y hominizante.

Algunos de estos rasgos son, en efecto, atribuibles al nuevo clima filosófico y literario de la llamada posmodernidad europea. Pero lo que a nosotros nos importa es señalar la inserción de estos rasgos, en varias de estas obras en un marco decididamente constructivo y humanista. Es el caso de *Los perros del paraíso* (1983) de Abel Posse o de *El General en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez. Si bien miramos, estas obras prolongan actitudes y formas expresivas ya

evidentes en *Megafón o la Guerra* (1970) de Leopoldo Marechal, o *El arpa y la sombra* (1978) de Alejo Carpentier.

Sin embargo, podríamos mirar más atrás, rescatando la prioridad barroca, esencialmente humanista, del grotesco y la ironía, la valoración de la locura, la risa, el reduccionismo de las formas. Tales modalidades, típicas del barroco hispánico, como aparece en Cervantes y Quevedo, no destruyen en el humanista el marco de los valores, el respeto a su tradición, la aceptación de un sentido de la historia, la fe, la intencionalidad política. Por el contrario, el humanista cree en la historia y de una doble manera, como corresponde a su modalidad teándrica: la historia como acción de la Providencia, es también una historia libremente construida por los hombres. Sólo la persistencia de ese plano profundo puede hacer comprensible la pervivencia de las figuras históricas de la Conquista o el libre replanteo de sus problemas en la obra de Posse; o bien la presencia en García Márquez de un Bolívar inmortal que interpela a sus compatriotas a través de ciento sesenta años de frustraciones.

## Necesidad de una lectura fenomenológica dentro del marco de una teoría y una crítica latinoamericana

El reconocimiento o no del perfil humanístico de ciertas obras recientes es, en definitiva, fruto de una lectura y por lo tanto de una cierta interpretación. A nuestro juicio, la vía más idónea que nos permite captar el sentido último de la obra artística, es una fenomenología estética, que necesariamente ha de preceder a una hermenéutica. En cuanto a ésta, a lo largo de nuestros trabajos hemos peticionado un lugar para una hermenéutica humanista, que sería más próxima a la literatura latinoamericana al compartir su propio encuadre cultural. Más aún, esa hermenéutica tuvo su origen, como acabamos de recordarlo, en la corriente del humanismo.

Una teorización y una crítica latinoamericana como la que hemos propuesto, toma de su propia cultura el antecedente contemplativo y místico de una actitud fenomenológica, y hereda así mismo de la vocación dialogante e interpretativa de los humanistas el modelo de una hermenéutica amplia y desinteresada, ajena a las ideologías; señalamos pues la diferencia entre una lectura realizada desde un marco ideológico, y la lectura receptiva ejercida en el marco cultural.

En consecuencia, fenomenología y hermenéutica, modalidades del pensamiento contemporáneo motivadas o conducidas por maestros europeos (Husserl, Dilthey, Heidegger, Merleau Ponty, Marcel, Nedoncelle, Ricoeur, Gadamer), se convierten para nosotros en vías específicamente insertas en nuestra cultura, entretejidas con el *ethos* de nuestros pueblos.

## Aplicación de la obra literaria a proyectos de integración

De lo expuesto se desprende el interés y la importancia que asume para nosotros la literatura latinoamericana como reserva antropológica, filosófica, ética, religiosa y política de América Latina. De ello se desprende también la legitimidad y necesariedad de aprovechar su alto valor formativo y trans-

cultural para aplicarla a los planes de la integración latinoamericana. Concebida en la libertad, la literatura ha venido sembrando gérmenes humanistas y salvíficos para el hombre individual y para los pueblos en su conjunto. Se le debe reconocer esa condición que es inherente a su carácter de creación no instrumental ni puesta al servicio de intereses subalternos. Del humanismo ético de las dirigencias dependerá su leal aprovechamiento en la etapa de la integración latinoamericana, que es hoy a su vez la iniciación del diálogo de América Latina con el mundo.

## BIBLIOGRAFIA


LARREA, Juan. *Rendición de espíritu*. Cuaderno Americano. México, 1942.

O'GORMAN, Edmundo. *Invención de América*. México, F.C.E., 1958.

PAZ, Octavio. *El Laberinto de la Soledad*. México, 1950.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Introducción de Alfonso Reyes y Ezequiel Martínez Estrada. Buenos Aires, 1952. *La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Compilación y Cronología de Angel Rama y R. Gutiérrez Girardot. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

LEZAMA LIMA, José. *La expresión americana*. La Habana, 1957.

KUSCH, Rodolfo. *América Profunda*. Buenos Aires, I.C.A., 1970.

*Geocultura del hombre americano*. García Cambeiro, Buenos Aires, 1976.

AINSA, Fernando. *Identidad de Iberoamérica en su narrativa*. Gredos, Madrid.

MATURO, Graciela. *La Literatura hispanoamericana*. De la utopía al paraíso. García Cambeiro, Bs. As., 1983.

RAMA, Angel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México, 1984.